

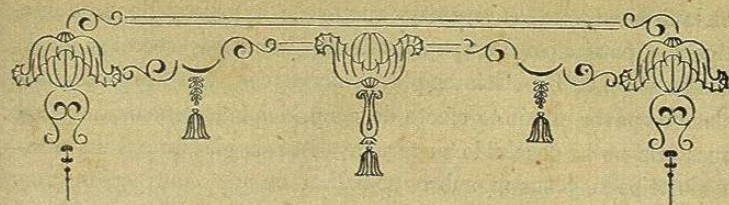


Vº é hijos de Arango, Editores.

J. M. Villasana

Lit. de Llano y Cº

LA PITONISA DE ENDOR



LA PYTONISA

DE ENDOR.

Carmenque magicum volvit, et rapide minax
Decantat ore quidquid aut placat leves
Aut cogit umbras.

(Senec. *Œdip.*)

COFRECEN nuestros libros santos tantas y tan variadas escenas, que aquella en que vamos á entrar en nada se parece á las que la han precedido, ni en fondo ni en coloridos. ¿Os habeis detenido alguna vez en un museo, delante de un cuadro de una energía terrible, de un color fuerte y sombrío, en el cual la figura de un viejo se levanta suave y poderosa á las evocaciones de una maga desgredada? El viejo, envuelto con su manto, acaba de salir de la tierra: en su semblante se descubre una majestad imperturbable, que los cuidados de este mundo rara vez dejan asomar

en la fisonomía de los vivientes: su mirada extensa y llena de inteligencia, parece como empapada de los luminosos secretos de la tumba y del cielo. Contempla la maga con una sorpresa mezclada de pavor el súbito efecto de sus principados encantamientos, pues ella no ha concluido su tarea. Está en pie junto á un inflamado trípode, y sus miembros se hallan en una contracción violenta. Con un raiño de verbena en su izquierda agita la llama, y con su derecha la alimenta y la atiza, arrojando en ella nuevas sustancias. Un gefe guerrero cae en tierra, y fija en el viejo una vista curiosa y azorada, como si presintiese algun anuncio fatal. Dos oficiales le aguardan, mostrando una inquietud ménos personal y ménos viva; la misteriosa sombra es para ellos invisible, no ven mas que á la maga ocupada en las negras prácticas de su arte, rodeada de lúgubres fantasmas, de espectros informes, de aves de rapiña, de huesos humanos y de vampiros.

Esta mujer es la Pythonisa de Endor; este anciano augusto es el profeta Samuel, que desde las regiones de la muerte, viene á hacer á Saul una suprema y triste revelacion. El pintor que, escogiendo esta escena ya de sí tan imponente, supo darle mayor realce aun por medio del vigor y aspereza del diseño, y por la fuerza y viveza del colorido, se llama Salvador Rosa, génio grandioso y de carácter selvático, que tanto en el mundo moral como en la naturaleza física escoje los accidentes prodigiosos, los aspectos desolados y terribles, representándolos con facilidad y delicadeza y al mismo tiempo con enérgica originalidad.

Sabido es que la divinacion ó las artes divinatorias ocupaban un lugar muy considerable en la religion y en la confianza de los paganos. Habian éstos poblado el universo de inteligencias, para hacerlas presidir al desarrollo y á la marcha armoniosa de los séros; y por un gracioso giro de imaginacion, habian animado los diversos fenómenos de la naturaleza; y dando despues una realidad sustancial á estas quimeras, su razon engañada se habia hecho dioses de todas las fuerzas ciegas que influyen mas ó ménos en la vida humana; y de ahí viene sin duda, que los sucesos mas insig-

nificantes parecían una voz de la Divinidad, ó una señal de su presencia. El ruido del trueno, el vuelo y el canto de los pájaros, el murmullo de los bosques agitados por el viento, el estado de las entrañas de una víctima, la aparicion de algun astro inesperado, palabras pronunciadas al acaso y sin designio, pasaban por la expresion de las disposiciones del cielo, y como en ellas se creía ver la censura ó la aprobacion de lo pasado, y los indicios ciertos de lo presente, creíase ver tambien la manifestacion del porvenir. El presentimiento y la ciencia de las cosas futuras llegaban tambien al hombre por otros muchos medios; los sueños no carecian de significado: habia palabras reveladoras en los libros del moribundo; y sujetas las sombras de los muertos á las evocaciones de la magia, venian á tener con los vivos un extraño coloquio, y á dejarles vislumbrar los rayos de una ciencia, por decirlo así, ultramundana.

Entusiasmo y credulidad en sus comienzos; la divinacion no tardó en elevarse á la altura de un arte que se reducia ya á principios. Desde entónces hubo ya intérpretes titulados á quienes la multitud, ávida de prodigios, daba la investidura de su confianza y de su veneracion. En su origen estos adivinos habitaban en lugares retirados, en grutas sombrías, ó en tenebrosas cavernas; bien fuese que de las escavaciones de la tierra en tales puntos saliesen exhalaciones que sumiesen en la embriaguez y en el delirio, ó bien que la profundidad y oscuridad de los antros fuesen indispensables para cubrir el fraude, y dar al sonido de la voz humana algo de sepulcral y de formidable; pero, andando el tiempo, sobre estos mismos selváticos peñaseos, en lugar de una rústica cabaña, la supersticion erigió templos magníficos, á donde los reyes y los pueblos acudian con respeto á interrogar el oráculo y á ofrecer los mas ricos presentes. Cerca de Delfos, en la falda de una colina y sobre un suelo sulcado y entreabierto, un pastor observó que sus ovejas brincaban de una manera extraordinaria. El mismo, al acercarse allí, sentíase agitado de movimientos convulsivos, y poeido de vértigos, y salianle de la boca palabras llenas de en-

tusiasmo. El ruido que metió esta maravilla, se divulgó por de pronto entre las comarcas vecinas, y luego despues mas allá de las fronteras de la Grecia. Creyóse generalmente que la caverna emanaba vapores proféticos, y acudióse de todas partes para buscar allí la noticia del porvenir, y trayendo al mismo tiempo grandes tesoros. Desapareció el pastor con su cabaña formada de ramas de laurel, y levantóse un monumento espléndido, obra de los mas distinguidos artistas, y una sacerdotiza venerable por su edad y por sus costumbres quedó investida del ministerio de la divinacion.

Es muy de notar que las naciones paganas, que en general habian abajado tanto á la mujer, le confiaban, sin embargo, muchas funciones distinguidas, y sobre todo, el cuidado de anunciar el porvenir. Su naturaleza, en efecto, le hace particularmente propia para estos papeles de aparato, en los que se produce rodeado de prestigios algo de maravilloso. Puesta bajo la influencia predominante del sistema nervioso, su vida es toda de impresion; una extremada sensibilidad de órganos determina la movilidad de su imaginacion llena de fuego; los medios extraordinarios le agradan, la conmueven y la trasportan; cuanto mas susceptible es de entusiasmo, ménos sabe defenderse de sus propias ilusiones, y mas propia es para servir á las ilusiones y cálculos de los demás.

Las mujeres que en la antigüedad idólatra tenian mision de revelar las cosas futuras ó de pronunciar los oráculos, como se decia entónces, se llamaban sibilas ó pytias. Pero hay muy notable diferencia entre estas dos órdenes de profetizas, pues las sibilas median con su vasta y penetrante mirada la série de todos los siglos y el destino de todos los pueblos, miéntras que el ministerio de las pytias ó pytonisas se limitaba á tiempos ó á hechos determinados por Apolo, manera de dios que les enviaba sus conocimientos del porvenir, y les daba uno de sus numerosos títulos. Este número pasaba por haber muerto la serpiente Python que desolaba la tierra. La piel de este mónstruo, colocada en el templo de Delfos, cubria el trípode á donde subian los sacerdotes para recibir la inspiracion y pronunciar sus oráculos, y á la presencia de este tro-

feo debian el nombre de pytias ó pitonisas, que se extendió despues á todas las adivinas. En el fondo del templo, sobre una caverna cavada por la naturaleza misma en las faldas del Parnaso y de donde se exhalaban vapores sulfúricos, veíase el trípode fatídico. Allí se sentaba en determinado dia la Pytonisa, despues de haberse preparado á sus funciones por diversas ceremonias. De repente parecia animarse bajo el imperio de un génio invisible. Mudado el color, alteradas las facciones, mirada ardiente y aterradora, eriza la crin, los lábios convulsivos, un largó temblor, palpitations parecidas á las ondas que se mecen con un triste y profundo murmullo, todo anunciaba en ella un violento entusiasmo y le daba apariencias sobrehumanas. Entónces hablaba en un lenguaje extraordinario y en frases entrecortadas: diríase que el poder mágico de sus secretos hacia volar en chispas rutilantes las formas ordinarias del lenguaje, al modo que se rompe un vaso en menudos trozos bajo la accion de un licor demasiado impetuoso. Estas respuestas eran recojidas con el mayor cuidado y dispuestas segun las leyes del ritmo poético: un trabajo secundario les daba un sentido corriente, que no siempre tenian al caer de los lábios de la pytia. Además se evitaban las maneras de decir demasiado explícitas, pues una redaccion vaga y ambigua, garantía discretamente el oráculo contra percances desagradables.

Antes de pasar á los bosques del Epiro y á las ciudades de Italia, estas imposturas, nacidas de una grosera credulidad y combinadas despues para servir á particulares ambiciones y á intereses generales, reinaban ya desde mucho tiempo en la Fenicia y en las orillas del Nilo y del Eufrates. Los israelitas, propensos á la supersticion, y descarriados ya mas de una vez por sus recuerdos del Egipto, harto imitaron por desgracia las prácticas locas é impías de sus vecinos. Sin duda que algunas experiencias maravillosas, fenómenos que no se explicaban entónces por leyes naturales, quizá tambien el artificio de potestades invisibles, cuya mirada alcanza á mayor trecho y penetra mas hondamente que la del hombre, hicieron cobrar crédito á los magos y á los astrólogos.